

## BIBLIOGRAFIA

WELLS, P. S., *Farms, Villages and Cities. Commerce and Urban Origins in Late Prehistoric Europe*, Ithaca-London, Cornell Univ. Press, 1984, 240 p. + 65 figs. (23 x 16 cms.), ISBN. 0-8014-1554-3.

El norteamericano Peter S. Wells es un autor que en muy poco tiempo ha hecho notables contribuciones a la Edad del Hierro centroeuropea, a su primer libro *Culture Contact and Culture Change* (1980) han seguido *The Emergence of an Iron Age Economy* (1981) y *Rural Economy in the Early Iron Age* (1983), siendo el último por ahora el que aquí comentamos.

El presente trabajo reúne en cierto modo las ideas vertidas en obras anteriores y de alguna manera puede considerarse el resumen de su posición actual. El comercio exterior o a larga distancia es, para Wells, el factor clave en las transformaciones de las sociedades centroeuropeas a lo largo del último milenio a. C., explica la emergencia de los primeros centros de producción y a la larga la aparición de las primeras ciudades.

El desarrollo de los acontecimientos podría resumirse en los términos que siguen. Alrededor del 1000 a. C., Centroeuropa ofrecía el panorama de pequeñas comunidades campesinas de 50-100 habitantes, autosuficientes en su economía de subsistencia pero con indicios de unas crecientes relaciones comerciales que se centraban en elementos de lujo como el ámbar y cuentas de vidrio y sobre todo el bronce. Merece destacar aquí el excelente análisis que hace Wells de la organización de las producciones bronceas (p. 59-74).

En los siglos VIII y VII a. C., se produce un cambio importante con el desarrollo de los primeros centros artesanales como resultado del crecimiento del comercio de industrias extractivas y de los sistemas creados para distribuir los productos manufacturados. Hallstatt con la explotación de sal y Stična con la de hierro son los ejemplos paradigmáticos que se analizan y sirven al autor para construir un modelo explicativo: los primeros tanteos en las industrias extractivas (hierro y sal) en los últimos momentos del Bronce Final habrían permitido ampliar los contactos comerciales y esto a su vez habría originado una serie de avances tecnológicos que repercutieron en la mejora de la agricultura; esa situación habría posibilitado la creación de un surplus entre las comunidades que se empleó en mantener intercambios y sostener especialistas artesanales. En ese proceso los cambios se refuerzan mutuamente y contribuyen a intensificar el comercio y la producción de la Primera Edad del Hierro. Para Wells estas primeras aventuras comerciales debieron ser iniciadas por individuos que o bien vieron posibilidades de ganar beneficios en la extracción de hierro y sal o que tenían ya la riqueza suficiente para financiar los primeros estadios de la producción. Con todo, Hallstatt y Stična son casos especiales en la Primera Edad del Hierro centroeuropea y siguen siendo todavía más comunes las pequeñas comunidades campesinas igualitarias con escasa diferenciación de riqueza.

A lo largo del siglo VI a. C. el interés del mundo mediterráneo por los recursos de la Europa Templada provoca un gran impacto en Centroeuropa, surgiendo nuevos centros comerciales en el área entre el Alto Sena y el Alto Danubio, los famosos Fürstentum, como Mont Lassois, Hohenasperg y Heuneburg. A estos centros comenzaron a llegar desde Massalia, a través del valle del Ródano, productos mediterráneos seleccionados: ánforas griegas para el comercio del vino, vajilla de lujo como las cerámicas áticas, bronceos etruscos, piezas excepcionales como la cratera de Vix o el trípode de Grafenbühl y también otros elementos

como seda y coral. Entre las comunidades centroeuropeas surgieron, siempre según Wells, “autónomos del comercio” (personas que se aventuraban para conseguir beneficios en intercambios comerciales) que controlaban y realizaban los intercambios, estimulaban en sus comunidades a los campesinos para producir más a cambio de acceder a bienes o manufacturas exóticas y quizá también con regalos de origen local, y con el surplus —básicamente productos agropecuarios— atendían a los comerciantes mediterráneos. Desde una perspectiva demasiado individualista el autor cree que la razón por la que unos agentes patrocinadores lograban movilizar a sus comunidades y otros no debió ser una cuestión de “personalidad y habilidad”. Consecuentemente, centros como Heuneburg tuvieron el carácter de “centros comerciales” pero no de centros políticos regionales (vide contra Frankestein y Rowlands, *Bull. Inst. Archaeol.* 15, 1978: 73-112).

Los grandes movimientos célticos, hacia el mediodía de Europa, de las centurias siguientes, se explican con el mismo modelo, cosa que personalmente me parece difícil de creer, de suerte que hay que entender que los “entrepreneurs” de años anteriores ahora se meten a cabecillas de partidas guerreras con el objetivo de dirigir razias, saqueos y ocupación de nuevas tierras.

La obra se cierra con la aparición de las primeras ciudades en sentido estricto en los siglos inmediatamente anteriores al cambio de Era al calor del comercio romano y con un epílogo que enlaza con el fenómeno urbanístico medieval.

En resumen, el modelo de Wells para explicar el desarrollo de las primeras ciudades en la Europa Templada incluye tres factores críticos: el comercio creciente a finales de la Edad del Bronce, la iniciativa individual para adquirir bienes de lujo y la movilización de las comunidades para producir elementos de intercambio. Quizá lo más difícil de aceptar del planteamiento del autor es ese énfasis en la iniciativa individual que da la impresión de darse en grupos sociales igualitarios o con excasa estratificación, justo todo lo contrario de lo que indican las ricas Fürstengräber. Un planteamiento que ponga más el acento en la estructura social con grupos fuertemente estratificados, élites poderosas y con control político regional parece más verosímil.

Por otro lado, hay que elogiar la extraordinaria capacidad de síntesis de Wells con acceso a muy diversa y amplia bibliografía, que incluye obras medievales o curiosidades etnográficas como la descripción de una feria inglesa de principios del XVIII por Daniel Defoe. El ensayo bibliográfico que se acompaña al final es enormemente valioso y constituye una orientación inestimable para la Protohistoria final europea con un comentario sobre cerca de 700 referencias.

En algunos casos hay ideas simplistas pero muy razonables y que no han sido vistas por nadie; por ejemplo, la referencia a que el tamaño de numerosos depósitos del Bronce Final corresponde aproximadamente a la cantidad de metal que puede transportar una persona.

Entre las críticas menores se puede señalar que, a pesar de la amplia bibliografía manejada, al tratar las ofrendas votivas a las aguas en el Bronce Final no se citan los interesantes trabajos de R. Bradley (*Int. Journ. Naut. Archaeol.*, 8, 1979: 3-6; *Man*, 17, 1982: 108-122).

No parece justo valorar sólo Massalia y la vía del Ródano como único eje comercial al corazón de Europa, las rutas trasalpinas —hay pruebas arqueológicas más que suficientes— también funcionaron aunque bien es cierto que probablemente no con tanta intensidad. Las figuras de población que ofrece Wells me parecen siempre obsesivamente bajas; el manejar las necrópolis como base informativa para los cálculos demográficos es razonablemente mejor que otros métodos (por ejemplo, la superficie de los hábitats) pero hay que ser muy consciente de lo problemático que resulta saber si siempre tenemos todas las tumbas de los cementerios. Con todo reducir la población de grandes centros como Biskupin, estimada en 1.200 habitantes, a un valor entre 50 y 200 parece algo excesivo.

Desentonan del nivel del texto algunas de las figuras, como los mapas de dispersión to-

mados de otros autores (figs. 12, 42 y 51) que deberían haberse redibujado en el mismo estilo que el resto de los mapas.

A pesar del indudable interés y las sugestivas aproximaciones que hace Wells es difícil sustraerse a la idea de que en gran medida este libro está escrito pensando en un público universitario norteamericano más que en los especialistas, y no es que eso sea malo pero, dejando aparte explicaciones o referencias geográficas obvias para el especialista europeo, sí es grave que el autor decida que la Primera Edad del Hierro se extiende del 800 al 400 a. C. y desde esa fecha al cambio de Era la Edad del Hierro final, por cuanto puede inducir a graves confusiones al contrastar esa cronología con la usual centroeuropea de Hallstatt y La Tène.—GONZALO RUIZ ZAPATERO.

CHAMPION, T. C. y MEGAW, J. V. S. (Eds.), *Settlement and Society. Aspects of West European prehistory in the first millennium B.C.*, Cambridge-Leicester University Press, 1985, 243 p. + 69 figs. (23 x 15,5 cms.), ISBN 0-7185-1256-1.

Los trabajos que se incluyen en este libro son el resultado de una conferencia de la Prehistoric Society celebrada en Londres en 1981 y de un seminario mantenido en Oxford a continuación. Esto supone un cierto problema, ya que con el actual ritmo de publicaciones la aparición de artículos cuatro años después de su redacción y presentación les resta valor; pienso, por ejemplo, en el caso del ensayo de P. S. Wells sobre las relaciones comerciales mediterráneas del final del Hallstatt centroeuropeo, porque a sus primeros libros de 1980 y 1981 hay que añadir los de 1983 (*Rural Economy in the Early Iron Age*) y 1984 (*Farms, Villages and Cities*) que hacen que lo aquí presentado suene a la "crónica de una tesis ya anunciada", o también el caso del trabajo de D. A. Welbourn sobre el significado profundo de la cultura material que hay que leer sin las recientes aportaciones de I. Hodder (*Symbols in action*, 1982, y *The Present Past*, 1982).

Si exceptuamos una aproximación a las fuentes escritas en el estudio de la Edad del Hierro y unas reflexiones teóricas sobre la especialización artesanal y las "sociedades complejas", el ámbito geográfico de los estudios es, en efecto, la Europa centrooccidental, salvo uno que se centra en el Sur de Escandinavia.

El marco cronológico —teóricamente el primer milenio a. C.— se restringe en la práctica al Hallstatt final y primeras fases de La Tène, sin tratar los últimos Campos de Urnas y, de forma deliberada, el periodo final lateniense; por el contrario, un ensayo sobre elementos romanos entre los grupos nordalpinos extiende su ámbito hasta ca. 400 d. C.

Si las introducciones a obras colectivas son muchas veces un mero comentario de los trabajos compilados, en este caso las aproximaciones al estudio del poblamiento y la sociedad de la Edad del Hierro, debidas a los editores Champion y Megaw, constituyen una estimulante introducción que recoge realidades no demasiado vistas o destacadas usualmente.

A Champion se debe también una optimista y confiada valoración del potencial de las fuentes escritas, no tanto para conocer aspectos concretos de la Edad del Hierro sino como para sugerir líneas de contrastación con los datos arqueológicos y abrir fecundas hipótesis de trabajo.

El comercio mediterráneo de los importantes Fürstentum centroeuropeos es resumido por Wells; a través del estudio de dos áreas tipo: la Europa Centro-occidental y la región Alpina sudoriental, con diferencias en el ritual funerario. En el primer caso con riquísimos ajuares que incluyen notables importaciones mediterráneas y con Fürstengräber en posiciones diferenciadas y en el segundo con importaciones mediterráneas que incluyen elementos más corrientes de la vida cotidiana y en menor número; además aquí estas tumbas no ofrecen dife-